

FILOSOFÍA Y CONTRACULTURA

José Luis Herrera Zavaleta

XXX

herrera_zavaleta@hotmail.com

Abstract: This essay explains that the scope of counterculture is wider; usually regarded as connected to certain colourful and resounding artistic expressions inherent in hippie hedonism are not longer valid.

This article points out that counterculture has been present since antiquity in all cultural expression such as philosophy, the sciences, art, etc. Specifically, this essay focuses on the current importance of counterculture in psychiatry, psychoanalysis, philosophy, and social sciences.

Keywords: Counterculture, sycophant, anti-psychiatry, culturalism, inert practicality

*«La moral es el mejor
negocio del mundo»*

F.Wedekind

La contracultura es un paradigma que nos permite comprender el devenir de expresiones culturales alternativas a un sistema. Incluye manifestaciones artísticas, científicas, sociales, filosóficas, económicas y políticas, contrarias o diferentes a la Cultura Oficial, a la cultura del sistema; es una forma específica de ver la realidad, establece límites a lo hegemónico, formula interrogantes, introduce enigmas en el imaginario social. La Contracultura ha estado presente desde la antigüedad. Algunos autores ven en Sócrates la primera manifestación contracultural. El filósofo griego representó en su momento el antisistema de la sociedad ateniense. Con sus enseñanzas rompió los moldes de una sociedad hipócrita y eso le valió el desprestigio efectuado por los sicofantes, difamadores profesionales al servicio de la clase dominante en Atenas, y luego la condena a muerte. Es sorprendente ver que todo lo que hoy sucede, no haya ocurrido ya en la extraordinaria Grecia, a la que estamos obligados a volver si queremos encontrar el fundamento de las cosas. Actualmente casi todos los medios de comunicación del planeta son sicofantes y obedecen al poder económico.

Otros autores van más lejos y ven expresiones culturales en épocas remotas. Bajo este aspecto resulta fascinante contemplar que los primeros arquetipos culturales son mujeres. La bella Pandora, antecesora de Eva y ligada de algún modo al fuego, abrió la caja prohibida para que la humanidad asuma su destino y, además, cerró la caja antes que la esperanza saliera. La armonía que vivía el mundo era ficticia, no era humana, por eso Pandora, la chica mala, abrió la caja que contenía todos los males, que no son otra cosa que el hombre mismo: la envidia, la enfermedad, el vicio, las plagas, la injusticia, el hambre, la locura etc., que son los males con que el hombre ha destruido ya su propio planeta. La bella Pandora no hizo sino ponernos frente a nosotros mismos. Se dirá que aquí estamos recurriendo al mundo del mito, pero no hay que olvidar que el secreto más profundo del mito es que somos nosotros mismos, por eso se nos aparece siempre como ambiguo, contradictorio y sin una expresión clara.

Luego Eva, transgresora de un sistema inhumano, rompió el molde de lo prohibido para mostrar el bien y el mal, dos instancias que alcanzaron su mayor profundidad en esa ciencia del inconsciente que es el psicoanálisis. Basta leer la obra de Michelet «La Bruja» para comprender el enorme poder de la mujer para enfrentarse al sistema.

La Contracultura se funda en el hecho de que el hombre desde siempre fue capaz de una comprensión e interpretación de la Cultura y del Universo; se puede comprender, interpretar y descifrar creencias y valores dominantes que afectan al individuo y a la sociedad en una época determinada; en este sentido el hombre es el lugar de la hermenéutica. La Contracultura aparece muchas veces sumergida y marginal por la enorme fuerza del imaginario social del sistema que establece creencias, gustos, morales, patrones anquilosados, los que a su vez crean modelos de conducta y de «comportamientos correctos» que originan represiones muchas veces feroces y terribles que no sólo pertenecen al pasado. Es al interior de este infierno que la Contracultura se mueve para marcar nuevas tendencias y lograr cambios; no sólo en el sistema que asfixia y oprime, sino lograr que ese caminante que es el hombre se encuentre algún día a sí mismo.

Si bien se ha insistido casi exclusivamente en la Contracultura bajo su aspecto artístico, musical, cinematográfico, pictórico, etc., el movimiento real nos muestra que esta noción está presente en todas las áreas de la Cultura que no sólo es arte sino que incluye todas sus expresiones. Quizás, el aspecto más sonoro y más colorido de la Contracultura es el que se ha dado en el dominio del arte, pero en otras áreas la Contracultura se ha expresado con mayor vigor y permanencia. Al respecto, Goffman en su obra *La contracultura a través de los tiempos* afirma, en relación con la contracultura, que se puede encontrar mucha gente joven influida por el hedonismo hippy, pero no una conciencia real de los fundamentos filosóficos de ese movimiento. Precisamente algunos autores reduciéndose a este aspecto colorido y sonoro de la contracultura e ignorando todo su contexto epistemológico, afirman simplistamente que es «una palabra traducida del inglés», cuando es exactamente todo lo contrario, no es una palabra sino un paradigma y la noción de contracultura en el idioma inglés desarrolló una connotación específica que les permitía leer su propio devenir.

Las manifestaciones contraculturales se expresan pues, en todas las tendencias artísticas, sociales, filosóficas y científicas y las páginas que siguen están destinadas a mostrar algunos de esos momentos en la propia época que vivimos.

En el marco de la Contracultura, el año de 1967 se llevó a cabo en Londres un Congreso de Antipsiquiatría, movimiento que había surgido años antes bajo la influencia de la filosofía de Jean-Paul Sartre. En dicho Congreso, se abordó las relaciones entre lo político-social y lo psíquico-personal. Asistieron eminentes psiquiatras, sociólogos, psicoanalistas entre los que podemos mencionar a Ronald Laing, David Cooper, Aaron Esterson, Herbert Marcuse, Joseph Berke, Paul Goldman y otros. Sobre la Antipsiquiatría, diremos que este movimiento, sobrepasa ampliamente el campo de la psiquiatría tradicional como método de tratamiento individual y sitúa el problema al nivel de la familia, la educación, la política y la vida social. Rechaza la segregación de los enfermos mentales y reivindica para ellos el derecho a la palabra y el lugar que como persona les corresponde en la sociedad. Los locos, a los cuales se les segrega enviándolos a un asilo de alienados, son víctimas de un sistema del cual la psiquiatría tradicional se ha hecho cómplice. Los trabajos de la Antipsiquiatría abordan sobre todo el estudio y tratamiento de las psicosis, particularmente de la esquizofrenia, mal que padecen la mayor parte de enfermos encerrados en los manicomios. Ronald Laing expresa que en el tratamiento que realiza con esquizofrénicos constata que la realidad no corresponde a lo que se describe en los tratados de psiquiatría. Igualmente, Laing y Esterson hacen notar que hay un desacuerdo total entre los psiquiatras sobre muchos aspectos de la esquizofrenia. El año 2007 en la unidad psiquiátrica del hospital Parc Tauli de Sabadell, se llevó a cabo un documental sobre la esquizofrenia y la situación fue la misma: los propios profesionales especialistas no se ponen de acuerdo para definir, delimitar y clasificar la esquizofrenia. En su

obra «El Yo dividido» Ronald Laing inicia la crítica de la psiquiatría tradicional; ésta había «cosificado» al enfermo, lo catalogaba de antemano como esquizofrénico por referencia a ciertas descripciones abstractas y se dirigía hacia él en forma unilateral, no había lugar para la reciprocidad, la subjetividad del paciente no cuenta, se le niega todo sentido e inteligibilidad a su vida interior, por lo que no puede tener derecho a la palabra. Esto implica una violencia psicológica y espiritual. Para Laing, por el contrario, la esquizofrenia es un síntoma, es decir, el signo de que algo se sucede en un lugar distinto del discurso lógico-formal. El síntoma reenvía pues, más allá del discurso y del comportamiento coherente. La inteligibilidad del síntoma de la esquizofrenia la encuentra la Antipsiquiatría en el medio familiar, es allí donde son comprensibles la palabra y el comportamiento esquizofrénico, es el único medio donde la persona etiquetada de esquizofrénica se objetiva en el mundo. David Cooper sostiene que la familia es la mediación de la alienación social y de la extrañeza de todos sus integrantes, pero particularmente y de manera más destructiva de sus miembros más jóvenes. Laing en su libro «La política de la experiencia» plantea la necesidad de la interexperiencia: de la misma manera que en el psicoanálisis captamos el inconsciente del otro con nuestro propio inconsciente, igualmente hay que recurrir a nuestras capacidades psicóticas para comprender a un esquizofrénico. Incluso Laing y Cooper buscan la colaboración de antiguos enfermos para el tratamiento de la esquizofrenia. La Antipsiquiatría inauguró pues una racionalidad nueva en la psiquiatría.

Filosóficamente, la Antipsiquiatría se reconoce en la racionalidad y la inteligibilidad del pensamiento dialéctico existencial, sobre todo en la particularidad que asume la dialéctica en la obra de Jean-Paul Sartre y en la imagen del hombre que de allí se desprende. Ronald D. Laing y David Cooper han elaborado una síntesis de esa monumental obra de Sartre que es la «Crítica de la Razón Dialéctica».

Políticamente, la Antipsiquiatría aparece vinculada a los movimientos ecologistas. Los grupos llamados «verdes» incluyen en sus programas proyectos de reforma psiquiátrica basados en este movimiento.

En ese mismo año de 1967, en que se realizaba en Londres el Congreso denominado Dialéctica de la Liberación, en Norteamérica, los hippies, que ya habían vertebrado una notable y espontánea organización, celebraban la Asamblea del Amor a la que asistieron más de 25.000 personas. Mientras tanto, en Europa, se encontraba ya maduro ese gran acontecimiento contracultural denominado Mayo del 68, que Jean-Paul Sartre inspiró y dio su justificación, conjuntamente con los más notables representantes de la Contracultura internacional; y donde Herbert Marcuse, discípulo de Martín Heidegger, tuvo particular influencia. El más importante aporte de Marcuse a la Contracultura no está en la sociedad que diseñó o pretendió diseñar, sino en la denuncia que hizo del culturalismo y en el mérito de mostrar la realidad de una sociedad enferma.

El Psicoanálisis estuvo y está ahora más que nunca dominado por una tendencia llamada Culturalismo o Neofreudismo que surgió en los Estados Unidos de Norteamérica y cuyos mayores representantes son Erich Fromm, Karen Horney, Clara Thompson, Harry Stack Sullivan entre otros. La teoría de las pulsiones es la piedra angular sobre la que se construye toda la metapsicología freudiana. Si bien, la teoría freudiana ha sido criticada por su recurso a metáforas psicobiológicas, mecánicas y físicas que no traducen con fidelidad ciertos fenómenos del alma, se hace necesario situar el ambiente y la época en que surge el descubrimiento freudiano. Nadie ha expresado mejor esta atmósfera intelectual que Louis Althusser en su conocida referencia a los cuatro continentes de la Ciencia: el Continente de las Matemáticas descubierto por los griegos; el Continente de la Física descubierto por Galileo, el Continente de la Historia descubierto por Marx y, por último, el Continente del inconsciente descubierto por Freud. Luego, nos aclara las condiciones del surgimiento de esa nueva ciencia del inconsciente y la soledad teórica en la que Freud tuvo que realizar su práctica científica con conceptos prestados a la física, a la mecánica, a la economía política y a la biología de su tiempo.

La teoría de las pulsiones conocida como Eros y Tanatos, explica que la agresividad del hombre vuelta sobre sí misma en forma de autoagresividad, cambie de orientación y se dirija hacia el exterior. Esta exteriorización del impulso de muerte hacia el mundo explica la presencia del mal en el Universo: *necesitamos destruir a los demás para no destruirnos a nosotros mismos*. Esta es la explicación sobre el origen del mal en el mundo que hallamos en la obra de Freud y que llevó al psicoanalista austriaco a sostener que la sociedad y la civilización están permanentemente amenazadas de destrucción. La Cultura obliga a reprimir el nivel instintivo. Los instintos básicos son incompatibles con la civilización, la cultura y con la sociedad en general. La Cultura no puede permitir un Eros libre y por eso lo prohíbe, lo desvía de su objetivo, principalmente por el mecanismo de la sublimación. Freud describe este mecanismo como un cambio del principio del placer por el principio de la realidad; el principio del placer está constituido por la necesidad y los instintos, y en eso reside su fuerza; el principio de la realidad es la libertad y la cultura y en eso reside su fragilidad. Pero este cambio tiene una particularidad: más que suprimir el principio del placer, simplemente lo modifica, de allí su éxito sólo parcial, ya que esa modificación del nivel instintivo ocasiona una frustración traumática en el individuo, frustración que origina la instancia de lo reprimido en el ser humano; así, la historia del hombre es la historia de su represión, como si fuera necesario un sufrimiento perdido para poder seguir viviendo. La Cultura y la Civilización están pues permanentemente amenazadas de ruina, ya que la primacía del principio de la realidad sobre el principio del placer no es nunca definitiva, el principio del placer permanece latente, es ese nivel que las morales deben condenar y que desde el punto de vista de la especie humana se vincula con la horda primitiva y el asesinato del padre.

Ahora bien, los neofreudianos o culturalistas, particularmente Erich Fromm y Karen Horney sostienen que la civilización y la cultura no son sólo fuerzas represivas, sino también el escenario en que el sujeto puede realizarse, con lo cual, el rol del psicoanálisis se convierte en una técnica destinada a adaptar el sujeto al sistema. Esta es la tesis general del neofreudismo o culturalismo, para el cual la salud mental deja de ser el equilibrio de los impulsos con el principio de la realidad, sino que se traduce más bien en la adaptación del sujeto al statu quo. El Culturalismo se ha generalizado cada vez más, constituyendo el ambiente donde se mueve el psicoanálisis de hoy. Es contra esta orientación culturalista que va a reaccionar Herbert Marcuse. Denuncia enérgicamente al neofreudismo, por haber reducido al psicoanálisis a una simple ideología que justifica el sistema de una sociedad enferma. Interesa particularmente su tesis sobre la *tendencia oculta del psicoanálisis* y su concepto de represión excedente. Sobre la base de los propios contenidos del psicoanálisis Marcuse elabora su tesis sobre la tendencia oculta del psicoanálisis, tema que se encuentra desde el origen en la misma formulación freudiana sobre el antagonismo entre el principio del placer y el principio de la realidad. La sola formulación de esta tesis oculta una demanda: la aspiración de que un día libertad y necesidad coincidan en un escenario en que el antagonismo desaparezca. La libertad es frágil, porque se levanta sobre la represión de impulsos básicos que constituyen el imperio de la necesidad; pero ¿los logros de la cultura y la civilización podrán alcanzar un día, ese escenario imposible en que el antagonismo entre libertad y necesidad desaparezcan? He aquí la demanda expresamente formulada de lo que constituye la *tendencia oculta del psicoanálisis*.

Si bien, el principio de la realidad es un principio punitivo, que acarrea una frustración traumática, también es necesario considerar que este principio se ha modificado a través de la historia, hasta lograr una dominación organizada sobre el principio del placer. Marcuse ahonda en este proceso y muestra que detrás del principio de la realidad se encuentra un hecho fundamental: la escasez, y lo que es peor, la irracional distribución de la escasez. Esta irracional distribución de la escasez, origina trabajos penosos para la satisfacción de necesidades humanas, trabajos que ocupan prácticamente la totalidad de la existencia del individuo; esta irracionalidad es a veces impuesta por la fuerza y otras, por medios mucho más sofisticados; pero ya sea directa o mimetizada, esta imposición va a originar una nueva represión que Mar-

cuse denomina *represión excedente*. Así, encontramos que no sólo la represión de impulsos básicos constituyen un obstáculo a la civilización y al bienestar del ser humano, sino que la propia civilización en vez de crear las condiciones que favorezcan el proceso de sublimación y la cultura, origina una represión excedente, lo que da lugar a una *sociedad enferma*.

Para las grandes mayorías, la satisfacción de sus necesidades está determinada por el sometimiento de su trabajo al servicio de un aparato que no controlan, pero al cual deben someterse si desean sobrevivir. Frente a esta situación, los intentos de cambiar estas formas de dominación a través de la historia, han asumido la forma de revoluciones. Sin embargo, podemos constatar que éstas, sólo han servido para reemplazar una dominación por otra, incluyendo la revolución socialista. Por eso Marcuse dice: *desde la revolución de los esclavos en el mundo antiguo hasta la revolución socialista, la lucha de los oprimidos ha terminado siempre con el establecimiento de un nuevo y «mejor» sistema de dominación*. En la historia de la humanidad, cada revolución iniciada y que debía instaurar el reino de la libertad sobre el imperio de la necesidad ha sido una revolución traicionada. Así, frente al culturalismo o neofreudismo Marcuse propone una lectura distinta de la obra de Freud: no utilizar el psicoanálisis como una técnica de readaptación, sino como una revolución en cuyo porvenir aparezca un principio de la realidad no represivo, donde el trabajo y el Eros creen relaciones totalmente nuevas.

«LA IMAGINACIÓN AL PODER»

Ésta fue la frase acuñada por Sartre para situar Mayo del 68. La vida y la obra del pensador francés es el mayor ejemplo de lo que puede ser pensar contra el sistema e incluso contra sí mismo. Evitó siempre cualquier acto que lo comprometiera con el poder establecido y la cultura oficial, en esto fue radical y por eso rechazó todos los honores que le ofrecieron durante su vida. Hay muchas formas de deshacerse de un escritor y los premios son una de ellas, ya que significan integrarse a la cultura oficial, incorporarse al sistema. Se negó a pertenecer al Collège de France; en principio, no concebía la Universidad como un medio para filosofar, sostenía que en la Universidad, la filosofía es una asignatura en la que se enseñan sistemas filosóficos del pasado, es decir, que la filosofía se encuentra dentro de un sistema profesoral, pero si se intenta pensar filosóficamente el presente, vivir enseñando sistemas filosóficos del pasado no tiene ningún sentido. Rechazó también el premio Goncourt. Solía decir que su realidad profunda estaba por encima de los honores, que la literatura se había transformado en un dominio jerarquizado; clasificar escritores, situarlos por encima o por debajo, es un absurdo; la idea de introducir una jerarquía en la literatura es totalmente contraria a la idea literaria misma; la jerarquía destruye el valor personal de los individuos. Pero la jerarquización conviene al sistema que busca poder integrarlo todo. En una conversación sobre este tema con Simone de Beauvoir, Sartre le dice: *Los premios son concedidos a unos hombres por otros, y los hombres que conceden ese honor no tienen calidad para concederlo. Es como decir: Ud. pertenece a una clasificación; hemos transformado a la literatura en una realidad clasificada y Ud. está en tal o cual rango de esa literatura*.

En 1964 Sartre rechaza el premio Nobel; lo que en su momento constituyó un escándalo sin precedentes en Francia y en toda Europa además de un verdadero terremoto planetario. Al rechazar este premio, Sartre agrega a los argumentos anteriores otro contundente: el premio Nobel ha sido creado por Occidente contra el bloque del Este. Algunos acontecimientos literarios anteriores y posteriores han confirmado esta afirmación de Sartre.

Años antes había rechazado la Legión de Honor y escapar a este honor le costó un gran esfuerzo. Para otorgárselo, fueron a ver a su madre sin que Sartre lo supiera e hicieron que aceptara este honor en su nombre. Le dijeron que querían darle una sorpresa. Ella que había tenido un padre y un esposo condecorados con la Legión de Honor, le pareció justo que su hijo también lo obtuviera y firmó un documento aceptando tal condecoración en nombre de

Sartre. En ese entonces Raymond Aron, quien se encontraba en la Secretaría de Estado, a instancias de Sartre, tuvo que intervenir y hacer denodados esfuerzos para que Sartre pudiera escapar a esta condecoración.

Pero, no sólo se trata de estos actos ejemplares de su vida, sino que su obra filosófica y literaria aportan razones e instrumentos importantes contra la cultura oficial y el sistema. La historia nos muestra que los sistemas no son eternos; el problema es descubrir qué es lo que los mantiene y los hace más estables y qué es lo que apresura su cambio, bajo este aspecto y en términos generales, nos encontramos en la polémica del estructuralismo y la dialéctica. Las estructuras hacen inteligible y ayudan a comprender un sistema determinado; pero, ¿pueden resolver el pasaje de una estructura a otra? ¿pueden explicar el problema de la estructuración y desestructuración? Los estructuralistas sostienen en términos generales que el problema existe y que este pasaje es un movimiento que está sometido a una estructura que es necesario descubrir. Sartre, desde una posición dialéctica resuelve este problema con la noción de praxis, que es la que construye las estructuras, la que las sufre y las sobrepasa. Si sólo se muestra el peso de las estructuras se hace desaparecer bajo ellas la praxis humana. «Hay etapas en la historia que son las estructuras. El hombre recibe las estructuras —y en este sentido puede decirse que ellas lo hacen— pero las recibe en tanto que él mismo está com-prometido en la historia, y comprometido de tal suerte que no puede sino destruirlas».¹ Por eso, la problemática entre dialéctica y estructuralismo encuentra su verdadera expresión en la ya célebre fórmula del pensador francés: *lo esencial no es lo que han hecho del hombre, sino lo que el hombre hace con lo que han hecho de él.*

Desde el punto de vista de la contracultura, interesa mostrar como Sartre profundiza este problema en la *Crítica de la razón dialéctica*; se construyen allí nociones, principios y categorías importantes que es necesario revisar. La noción de lo práctico inerte es de gran importancia para comprender a fondo los mecanismos que hacen al sistema más estable y la manera como se impone. Si la praxis explica el pasaje de una estructura a otra, la mayor resistencia a la praxis dentro del sistema es lo práctico inerte. Esta noción se sitúa en el nivel de los útiles, de las herramientas, del lenguaje que se nos aparecen como simples objetos, pero que en realidad nos imponen su presencia y nos obligan a determinadas conductas, poseen un nivel que nos obliga a actuar en un sentido preciso; una llave inglesa nos impone una determinada manera de usarla, un martillo igual. En general, todos los útiles se imponen a nosotros porque el corazón mismo de estos objetos materiales están penetrados de significación humana. En un contexto más amplio, la máquina, símbolo de la materia trabajada, se convierte en el destino de los obreros. La máquina manda y los obreros obedecen, sirven a una cosa, se esclavizan. La máquina ordena a no importa que hombre y, por consiguiente el obrero se reduce a una tarea que cualquiera puede realizar, condenándolo a una actividad universal, despojándolo de su singularidad. La libre praxis subsiste como un nivel de libertad, pero en un escenario de sometimiento a la exigencia de las máquinas. El hombre permanece libre, pero dentro de lo práctico inerte desde donde busca salir del infierno; así, se concilia la libertad inalienable con la necesidad de la alienación. La experiencia práctico inerte de cada uno en su trabajo como en su vida pública o privada, caracteriza en síntesis nuestra vida cotidiana.

Pero en una sociedad, no sólo están los útiles obligándonos a actuar de una manera determinada, lo diabólico de lo práctico inerte está al nivel espiritual del sistema dominante, es decir, al nivel de las creencias, de las morales, del bien, de la justicia, de las tradiciones, de las costumbres, del derecho, etc. que al igual que los útiles imponen determinadas conductas, nos dicen que es lo bueno y que es lo malo, lo correcto y lo incorrecto, lo que es la verdad y lo que es la mentira, lo que es justo y lo que no lo es, lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer, todo está ya predeterminado; la existencia cotidiana es prisionera del sistema.

¹ L'Arc, N° 30. Paris, 1966

Ahora bien, el valor pertenece a lo práctico inerte pero se distingue de la pura exigencia porque no traduce el simple imperativo de la máquina sino que comporta una libertad dual, la de la translucidez y la de la inercia. De la praxis, el valor conserva la translucidez de la libertad pero en medio de la inercia de lo práctico inerte, por eso la praxis siempre es posible también a este nivel espiritual y es la que nos explica el pasaje de una estructura a otra.

El hombre no recibe pues pasivamente lo práctico inerte, sino que en el centro de este movimiento está la praxis como superación que corroe lo práctico inerte. Muestra como en nombre del bien y de la moral se cometen las peores maldades; que en nombre de la verdad y la justicia se ocultan en el sistema los intereses y perversiones más canallas y siniestras.

Así, la noción de lo práctico inerte y otras categorías más que aparecen en la Crítica de la razón dialéctica constituyen un aporte muy importante a la Contracultura en el terreno filosófico, social y literario.

Lo que resulta claro es que la Contracultura permanece y está siempre presente a través de la historia. La cultura oficial del sistema encierra siempre la contracultura. Aún sistemas particularmente rígidos y brutales como el stalinismo tuvieron su contracultura. El stalinismo tuvo una contracultura a su medida, esa contracultura tuvo un nombre: Bertolt Brecht. En 1955 le impusieron el premio Stalin que le ocasionaría muchos problemas, pero eso no impidió la discrepancia que Brecht ejerció con su particular estilo corrosivo, frente al teatro social realista que en ese momento encarnaba Konstantin Stanislavski.

El fascismo tuvo también la misma resistencia contracultural en Brecht. En plena intervención italiana y alemana en España, escribe «Los fusiles de la señora Carrar» que es representada en París, en el mismo momento que Madrid es sitiada por el fascismo internacional. Contra el nazismo, escribe «Terror y miserias del Tercer Reich» donde denuncia la corrupción, la intimidación y la barbarie. Hace notar la resignación del pueblo alemán frente al sistema. En Berlín Oriental, donde radicó hasta su muerte, Brecht vivió como Galileo.

Últimamente han aparecido en España dos libros que pretenden hacer un balance sobre la Contracultura, sobre todo el libro de Luis Ruiz Aja; es un libro muy útil por la información que aporta, pero doctrinariamente no distingue muchas sutilezas ni capta el verdadero valor alternativo de la contracultura a través de la historia, que precisaremos al final de este ensayo; las clasificaciones que hace son demasiado geométricas y un balance deja siempre la impresión de algo terminado y concluido, aunque en la letra el libro no diga eso, el espíritu del libro es lo que cuenta. Es curioso que este importante libro diga algo en la letra y otra en su espíritu. Para descifrarlo tuve que entender que su autor es un sociólogo que aborda la Contracultura desde fuera, como un observador objetivo. En la contracultura del libro se lee que el autor escribe «desde la objetividad y el desapego que proporcionan los años transcurridos y el no haber pertenecido a esa generación». Es esto, es la pasión lo que le falta a este importante libro.

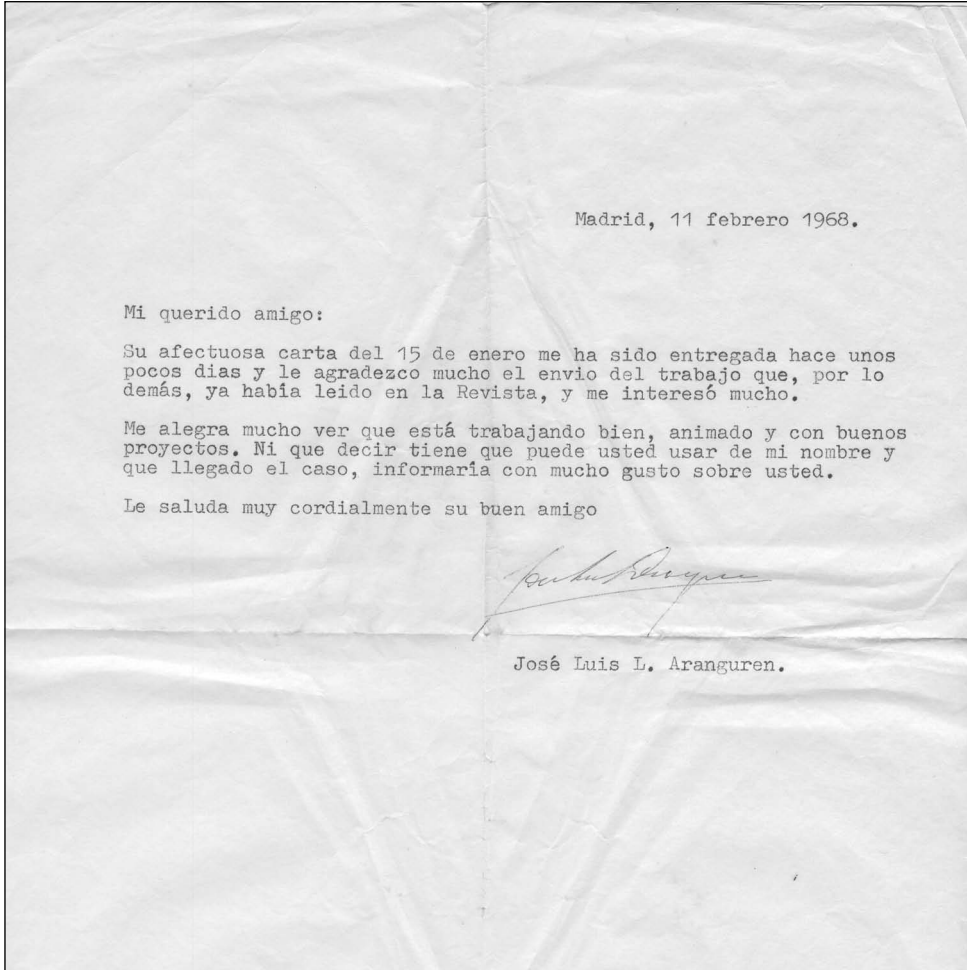
La contracultura no busca un nuevo sistema, es sólo la lucidez frente a los sistemas dominantes a través de la historia. Por eso será siempre alternativo y si se quiere, también a veces sumergido.

El otro libro es el de Pepe Ribas, es un libro apasionante, capta todos los matices y es el espíritu viviente de esos años de la transición española. Es un libro apasionado.

Hasta su dedicatoria es particularmente sensible: *A los miles de lectores anónimos de Ajoblanco que lucharon con nosotros por un mundo mejor*. Ajoblanco tuvo también muchos lectores en América Latina que hoy leen esa dedicatoria. Este libro ha sido escrito desde dentro, con la pasión del que perteneció y vivió intensamente esos maravillosos años de lucha.

Volviendo al libro de Luis Ruiz Aja, dedica un anexo a entrevistar a algunos intelectuales protagonistas de la contracultura española, entre los que sorprende la profundidad, la sutileza y la sinceridad de Pepa Roma. Pero en la entrevista a Antonio Escotado, que responde muy convincentemente, hay algo que puede ocasionar una confusión en torno a la figura y al rol de don José Luis L. Aranguren que conviene precisar. Aranguren no fue sólo un «hombre

tolerante, abierto a las cosas». Aranguren no fue un hombre imparcial, fue un hombre apasionado, totalmente comprometido con los movimientos contraculturales y de la izquierda tradicional que luchaban en la Universidad de Madrid entre los años 60 a 65. En esos años, quienes participaban en la lucha clandestina no tenían tiempo para hacer distinciones entre contraculturales y de la izquierda tradicional, ni tampoco entre españoles y extranjeros. Allí estaban varios países y todos vinculados de algún modo a la autoridad moral e intelectual de Aranguren. No es el caso revelar aquí nombres, personas vivas, ni detalles que puedan aún ser reservados para ese círculo de españoles de esos años. Algún día serán ellos los que escriban esas páginas aún en blanco. Yo estoy en otro continente y desde allí resulta difícil apreciar la evolución de las cosas; sin embargo sobre Aranguren es necesario dar un testimonio de esos años. Precisamente por no ser un testigo imparcial, sino un hombre comprometido, Aranguren actuaba siempre con mucha precaución. Probablemente el franquismo intentó muchas veces enviarle estudiantes infiltrados y por eso era muy cauto cuando en su círculo aparecía un militante nuevo. Una anécdota será ilustrativa: supongo que sobre mí no tenía ya duda alguna; había sido presentado por gente de confianza y preparaba con él mi tesis de doctorado; el tema era el pensamiento de Jean-Paul Sartre. Uno de esos días me citó a su casa, donde conversando sobre el tema, en algún momento mencioné la tesis sartreana del infierno y comenté que Sartre la abordaba en el segundo tomo del Ser y la Nada. Aranguren que estaba muy cómodo en su sillón saltó como movido por un resorte y me dijo: ¡pero si el Ser y la Nada es un sólo tomo, no hay ningún segundo! ¡Evidentemente había descubierto un infiltrado del franquismo! En esos años, yo apenas balbuceaba francés y tenía el Ser y la Nada en español traducido y editado en tres tomos por la Editorial Iberoamericana de Buenos Aires. Felizmente los tenía conmigo y se los mostré. Aranguren los cogió y los revisó con mucho cuidado, como si pudieran ser falsos, pero se convenció. Cambió totalmente y estuvo muy cordial, casi exageró. Me contó que sufría de presión baja y que le habían recetado un cognac por las noches, como tenía una botella a mano, me invitó una copa y naturalmente él tomó otra. Pero eran las once de la mañana, por lo que creo que la presión era un pretexto y que en realidad le gustaba el trago como a todo buen filósofo. Ahora que han pasado los años, pienso que es natural que Aranguren no conociera la edición española del Ser y la Nada, pero yo, que preparaba un doctorado, que no conociera la edición francesa, verdaderamente era imperdonable. Desde ese momento y por muchos años mantuvimos una relación muy cordial y yo pasé a ser una persona políticamente de confianza para él. Cuando en 1965, gracias a la verdadera tolerancia de ese gran maestro don José Antonio Maravall, publicaba mi primer trabajo en Cuadernos Hispanoamericanos sin que se cambie una sola línea, paradójicamente tuve que salir inmediata y apresuradamente de España. Sin embargo, desde el extranjero mantuve siempre correspondencia con él. El año de 1968, me hizo llegar esta carta:



Pero Aranguren no bajaba la guardia nunca, recuerdo que por esos años llegó a Madrid un amigo mío, un muchacho talentoso, periodista de izquierda llamado Raúl Vargas y me pidió que lo llevase donde Aranguren, quería hacerle un reportaje para una revista peruana. Aranguren tenía mucho prestigio en América Latina. Cuando lo llevé, no se salvó de un interrogatorio sutil pero implacable, estuvo totalmente desconcertado, pero tuvo su reportaje. Ahora Vargas sigue siendo un talentoso periodista, pero director de una importante emisora radial de la capital peruana de tendencia centro derechista. Sus inquietudes izquierdistas juveniles evolucionaron hacia el saber estar de un maduro periodista.

Volviendo al tema central de este ensayo, es necesario precisar que la contracultura como tema de la reflexión filosófica, exige una distinción entre la contracultura misma y determinados acontecimientos contraculturales que se dieron en el tiempo, es decir, entre el nivel teórico y el empírico. Confundir ambos aspectos puede llevar a conclusiones equivocadas. La contracultura sólo es un esfuerzo por descifrar y superar la vigencia de costumbres, ideas y creencias caducas al interior de un sistema. Puede pues, resultar válido hacer un balance de determinados acontecimientos contraculturales que ocurrieron u ocurren en un momento dado, pero no es posible un balance de la contracultura misma. Precisamente en la actualidad se dan con mucha fuerza determinados acontecimientos contraculturales como el ecologismo, la lucha contra la discriminación de la mujer, la invasión del cómic como una de las expresiones contraculturales de mayor emergencia social, la antiglobalización que ha alcan-

zado una enorme fuerza en nuestra época y desde donde han surgido fuertes movimientos de contra publicidad y contra mensajes, influidos particularmente por ese gran talento de la comunicación y la semiótica que es Noam Chomsky. Estos movimientos son los más fuertes enemigos del consumismo, donde las mujeres feministas están jugando un rol esencial. Pero sobre todo hay que resaltar la labor gigante de Naomi Klein contra el poder de las marcas o contra marketing; su obra *No logo* ha sido traducida a veinticinco idiomas y se han vendido millones de ejemplares. The New York Times la ha considerado la Biblia de la antiglobalización. Su última obra *La doctrina del shock*, que acaba de obtener un premio importante en los Estados Unidos, es la historia real del libre mercado, muestra como esta escuela tristemente llamada «de Chicago» aprovechándose de las crisis, ha diezmado naciones enteras en el tercer mundo. Todo esto nos muestra que en su momento podría hacerse quizá un balance de estos acontecimientos, de estos esfuerzos concretos, pero no de la contracultura misma, el devenir contracultural será permanente.